

Prólogo de Philippe Lejeune

(traducido del francés por Manuel Alberca)

Tal vez resulte indiscreto que alguien muestre su diario íntimo, pero no deja de ser un acto de generosidad explicar por qué y cómo se lleva. El secreto que rodea al diario en nada le favorece. Contrariamente a los prejuicios corrientes, el diario no es una actividad narcisista o vergonzosa. Supone una higiene vital. Es un remedio contra el olvido. Es un taller de escritura. Es... muchas cosas más. Cuando los diaristas se deciden por fin a hablar, descubrimos la diversidad de su práctica. Sus ritmos diferentes: del diario cotidiano mantenido a lo largo de una vida (raro) al diario de una crisis, que se destruirá cuando la crisis se supere. Sus diferentes soportes: del cuaderno (el más frecuente) al ordenador. Y el uso que puede hacer de los documentos, de las fotos, de los dibujos, de los objetos familiares... Sus diferentes funciones... Pero me detengo aquí para dejaros en compañía de Manuel Alberca y de treinta y dos de las más de cien personas que respondieron a su llamamiento. Gracias a ellos, el diario no será ya para vosotros una práctica un poco misteriosa, o un género literario secundario. Y si vosotros mismos sois diaristas o lo habéis sido, os gustará sentir que formáis parte de una comunidad, de reconoceros o de percibirlos diferentes... Este libro es a la vez una obra científica (que pertenece tanto a la antropología como a los estudios literarios) y un acto de sociabilidad, un intercambio de experiencias.

El gato que veis en el colofón lleva su diario. Imprime en la hoja su huella más íntima. Su cuaderno está limpio y muy cuidado. Quizás a primera vista habéis pensado que se repetía un poco. Se debe a que no conocéis la *lengua gatil*. Siempre se produce ese efecto con las lenguas desconocidas. En un principio este gato escribía en francés. Fue dibujado por Tomi Ungerer para la exposición «Un journal

à soi» que la Asociación para la Autobiografía —que fundé en 1992 en Francia— organizó en Lyon en 1997. Esta exposición, en la que hemos mostrado (¡en vitrinas bien cerradas!) doscientos cincuenta diarios, ilustraba de alguna manera la investigación que yo mismo había hecho entre 1988 y 1990 («*Cher cahier*», Gallimard, 1990), investigación de la que Manuel Alberca toma hoy el relevo, de manera que el gato escribe ahora en español.

¿Existen culturas nacionales del diario íntimo? ¿O una socialización diferente, según los distintos países, de prácticas íntimas análogas? Un prejuicio persistente hace del diario íntimo casi una especialidad de la Europa del Norte, de los países anglosajones o germánicos, y del protestantismo. Y así, cuanto más nos acercamos al sur, menos diarios encontramos. ¿O quizá simplemente se hable menos de ellos? El libro de Manuel Alberca muestra que la práctica del diario en la España actual es tan viva y variada como en Francia o en Europa del Norte. Las campañas para recoger textos autobiográficos organizadas en Italia por el Archivio Diaristico Nazionale de Pieve S. Stefano (creado en 1984) dan la misma impresión. Este libro constituye, pues, un paso importante hacia la supresión de las fronteras, y contribuye al diálogo entre las culturas y a la instauración de una Europa del diario íntimo...

Breve relato de una búsqueda

En septiembre de 1990, provisto de una beca de la Junta de Andalucía, viajé a París para conocer a Philippe Lejeune y trabajar bajo su dirección durante un mes. Había accedido amablemente a mi petición y quise aprovechar su magisterio. Yo había leído sus libros sobre la autobiografía (*Le pacte autobiographique*, 1975; *Je est un autre*, 1980, y *Moi aussi*, 1986) y quería comentar con él mi interpretación de sus trabajos y su posible aplicación a la literatura española.

Como llegué un par de días antes de la fecha acordada, en la espera recorrí las librerías del Barrio Latino, y en el bulevar de St. Germain des Prés, en La Hune (ya desaparecida), encontré un libro que Lejeune acababa de publicar (Lejeune, *La pratique du journal personnel*, 1990). Lo compré y lo leí con avidez. Me interesó la proyección sociocultural y el original análisis de un género tan poco estudiado entre nosotros. Me sorprendió también el ingenioso método que permitía investigar unos textos que nadie hasta entonces había podido leer por inéditos y secretos. En los datos de su estudio, realizado por cuestionario escrito en la región parisina, se demostraba que un relevante porcentaje de personas encuestadas llevaban o habían llevado un diario.

Tímido y medroso (su prestigio me imponía), acudí a la primera cita en una universidad de la periferia norte de París donde enseñaba. Sin embargo, me relajó enseguida su trato cercano, amistoso, sin ínfulas ni vedetismo. En el curso de este primer encuentro no pensaba aludir al libro de los diarios, pero enseguida la conversación se centró en este tema y la teoría del *pacto autobiográfico* pasó a segundo plano. Me habló de su interés por la práctica del diario entre la gente común y me animó a realizar una investigación similar en España. De allí salí decidido a intentarlo, decisión influenciada por el entusiasmo contagioso de Lejeune. Así empezó todo.

Para romper la inercia inicial y emprender el estudio del diario íntimo y su práctica, primero había que saber si en España se llevaban diarios, y para ello era indispensable sondear el campo a través de un cuestionario escrito aplicado a un grupo significativo de población. Aunque no empezaría de manera sistemática hasta 1995, durante ese tiempo no dejé de hacer tanteos y reflexionar sobre el asunto. Antes de comenzar —la verdad sea dicha— me debatía entre dos actitudes opuestas. Una, que me mantenía escéptico, me recordaba la escasez de diarios publicados entre nosotros, además de la posible desaparición de un gesto —considerado decimonónico— en un mundo dominado por la cultura audiovisual en el que la escritura estaba quedando, aparentemente, relegada a un segundo plano. La otra, que me animaba, me indicaba que se podía haber mantenido e incluso ampliado la práctica del diario, al haberse generalizado la enseñanza obligatoria a toda la población española en las décadas precedentes.

En los escasos estudios sobre el diario en España se identificaba escritura y edición en un género literario, que inequívocamente rechaza esta idea. Sin embargo, si en el terreno editorial esto resultaba evidente, al trasladarlo al campo de la escritura, determinaban erróneamente que el diarismo español era «casi un desierto» (Freixas, 1994). Ahora podemos comprender algo que entonces no veíamos: el hecho de que en España no se hubiesen publicado diarios en un número semejante, por ejemplo, al de Francia, podía dar a entender o aparentar que no se hubieran escrito en el pasado y no se escribiesen en el presente, pero impedía afirmar que no existiesen o hubiesen existido.

Si bien el tópico de la inexistencia de textos autobiográficos en las letras españolas había sido debidamente corregido en los años precedentes, el de la ausencia de diarios parecía difícil de rebatir, sobre todo, si comparábamos los publicados en España desde finales del siglo XIX y a lo largo del XX con los publicados en el mismo periodo en Francia. Bastaba solo con echar un vistazo a la bibliografía de diarios íntimos publicados que estudian o consultan en sus respectivos y homónimos libros Alain Girard (1963) y Beatrice Didier (1976) para darse cuenta de la diferente dimensión editorial que el diarismo había tenido en ambos países.

Es cierto que la situación comenzaría a cambiar gradualmente a partir de la década de los años noventa, cuando se puso de moda, sobre todo entre los poetas, publicar diarios literarios o de escritor, es decir, escritos ya con la previsión de su edición. De cualquier modo, era difícil aceptar que no se hubieran escrito apenas diarios íntimos en casi toda la centuria precedente de la misma manera que los hubo en otros países europeos de nuestro entorno cultural. Si en los últimos años el estudio y la edición de textos autobiográficos habían supuesto una innegable

normalización de la literatura memorialística, la de los diarios estaba todavía pendiente, con la única y señera excepción de una notable antología de diarios íntimos españoles (Granell y Dorta 1963).

Casi diez años después del primer encuentro con Philippe Lejeune, resumí la investigación sobre la práctica del diario realizada en los años precedentes en *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo* (2000). La tirada inicial del libro se agotó y su primera editorial, Sendoa, desapareció hace más de una década. Dejo aquí un recuerdo *in memoriam* y mi público agradecimiento a Joaquín Berasategui, director de aquella editorial benefactora, y a su admirable bonhomía. Aunque hacía tiempo que el libro estaba descatalogado, y mucha gente lo buscaba y lo pedía en los últimos años; no solo en España, sino desde Argentina, México o Brasil. Solo me quedan dos ejemplares: uno que guardé para mí y otro que encontré en una librería de viejo, que yo había regalado y dedicado a un querido compañero de trabajo en su jubilación que, años después, cuando murió, su viuda decidió saldar junto con el resto de libros de su biblioteca.

En el momento de su aparición, el libro tuvo cierto impacto en España por la novedad de sus aportaciones. La prensa de papel (*El País*, entre otros), las cadenas de radio (SER, COPE y otras) y alguna televisión (TeleMadrid) prestaron atención mediática al libro. Menos eco tuvo en el medio académico español, todavía entonces poco interesado en esta variante de las escrituras. Fuera, el libro tuvo eco en Francia, Italia, México, Argentina y Brasil. En estos países americanos lo leyeron, sobre todo, el profesorado de educación secundaria y miembros estudiosos de la academia de historia de las escrituras ordinarias, desencadenando experiencias didácticas y de estímulo y fomento de la escritura diarística.

Aquel libro es, por tanto, el precedente del actual, en el que reedito treinta y dos testimonios de los casi dos centenares que recogí (véase capítulo 3, Testimonios del diario). Ahora van precedidos por un primer capítulo que pone al día el estado de la cuestión de los estudios sobre el diario y lo contextualiza, teórica e históricamente, situándolo en el marco de las escrituras autobiográficas. Además, establezco una diferencia específica de los diarios de la gente corriente con el resto de escrituras autobiográficas y con los llamados diarios literarios o de escritor. En el segundo capítulo hago una propuesta de *poética* de los diarios íntimos de la gente corriente, con un esbozo de sus principales características y funciones, a partir de los testimonios y diarios recogidos. En el cuarto capítulo recojo una serie de trabajos que fui realizando en los años posteriores a la publicación del libro de *La escritura invisible*. Son estudios que abordan diferentes aspectos de la escritura de los diarios ordinarios: la práctica diarística en la edad

escolar (del bachillerato a la universidad); los diarios adolescentes de las muchachas, titulado *Las hijas de Anna Frank*; un llamamiento al testimonio de las personas comunes que llevan diario; y el ejemplo de un *diarista* corriente que *rompió* la privacidad de sus diarios publicándolos en vida. He decidido incluir también en esta sección un estudio sobre los diarios de la escritora Laura Freixas, como ejemplo de diario íntimo de una mujer que comenzó a llevarlo sin la previsión de que se publicarían. A través de su diario da cuenta de sus aspiraciones humanas y literarias, y atiende a las contradicciones de una mujer feminista que tiene que negociar con la realidad: los obstáculos de una situación desigual para las mujeres. Además, también muestra las tensiones y escollos de la escritura de un diario íntimo cuando pasa del cuaderno al libro.

Con este libro retomo el testigo que dejé en el año 2000, con la ventaja de que, en los veinticinco años pasados, el conocimiento y el interés por los diarios son notablemente mayores que en aquella fecha. Pero soy igualmente consciente de que los diarios que aquí se presentan y estudian siguen siendo un territorio opaco e incógnito, al que ni la crítica periodística ni la académica terminan de otorgarle ni descubrirle los valores que encierra.

Este trabajo sobre los diarios íntimos de la gente corriente, aunque se encuentren en tantos aspectos en las antípodas de los diarios de escritor, no dejan de mantener con ellos una cierta hermandad, y ojalá se beneficiaran de la atención y difusión que gozan estos en las últimas décadas. En este sentido, no se debería olvidar que el aprecio de los diarios era aún menor en 1990, cuando apenas acababan de publicar la primera entrega de su posterior serie diarística Andrés Trapiello y José Luis García Martín. A ambos se les había adelantado Miguel Sánchez Ostiz, pero los de este no tuvieron la continuidad de aquellos y aparecieron y desaparecieron como un Gadiana diarístico. Entonces todavía se rescataban con dificultad los inéditos, aunque se conociese la existencia de algunos que serían con el tiempo considerados paradigmáticos; los de Gil de Biedma, por ejemplo, tendrían que esperar todavía años para que se publicasen íntegros y de forma póstuma. Incluso a los diarios publicados se les prestaba escasa atención desde el campo académico, y desconocíamos todo o casi todo sobre el hábito de escribirlo para uno mismo sin pretensión de publicarlo.

Además, fruto de todo este desinterés prevalecía una opinión negativa no solo sobre el diario, sino también sobre quienes lo llevaban: el género era considerado menor y sus practicantes inmaduros, narcisistas o exhibicionistas. Hoy, afortunadamente, ya no hay que pedir permiso para escribirlos ni publicarlos, ni sentirse culpable por leerlos o estudiarlos. Tampoco hace falta ser un militante o

entregado sacerdote de una religión prohibida que arriesga su vida o prestigio para seguir una senda torcida o sectaria: el diario ha conquistado el reconocimiento y el derecho a la normalidad.

Ahora reconocemos muchas facetas, funciones y señas de identidad diferentes en los diarios, del mismo modo que hay muchos enfoques y maneras de escribirlos, leerlos, estudiarlos o de utilizarlos como fuente de conocimiento literario o antropológico. El hecho de que este libro esté en las manos del lector es una demostración de esta nueva situación, tan distinta a la que he esbozado arriba. En definitiva, se puede concluir que se ha hecho visible una escritura casi oculta hasta hace poco.

Paradójicamente, la práctica de los diarios íntimos de la gente corriente podría considerarse desaparecida y obsoleta, arramblada por los blogs, las redes sociales e internet en general, donde prima y ha dejado de ser tabú la sobreexposición de la intimidad. Es uno más de los efectos que producen los medios de masas predominantes sobre los canales culturales tradicionales, de tal modo que la sobreexposición superficial de lo íntimo triunfa sobre su discreta profundidad: el ruido oculta el silencio recoleto.

Alguien podría pensar que el diario tradicional es una antigualla extinguida, propia ya de «carrozas» decimonónicas. Personalmente no lo considero así, porque los indicios, que tenemos de esta práctica en estas décadas iniciales del siglo XXI, demuestran lo contrario: se venden todavía muchos cuadernos-diario en la floreciente industria de la papelería actual y se llevan diarios a la manera tradicional, como demuestran los sondeos y encuestas que se realizan en países como Francia. En esta nación, con una cultura no tan alejada de la nuestra, se conoce que la población francesa, particularmente la que se encuentra en edad escolar, lleva diario de esta manera tradicional, que se podría pensar ya periclitada (Tabet 2024, 28-31).

Incluso si este gesto se considerase solamente una moda *vintage*, los diarios y diaristas que el lector se va a encontrar en este libro serían los últimos de Filipinas, los últimos y heroicos mohicanos que desaparecieron en combate, defendiendo la causa de la intimidad discreta. Merecen nuestro reconocimiento, porque nos ofrecen un ejemplo a seguir, un gesto militante; un modelo de cómo se puede resistir y luchar contra la ola de zafiedad apabullante que nos inunda. Confiamos en que su ejemplo cunda y la mediocridad sin vergüenza remita.

Aquí se hace también una defensa expresa de este hábito cultural que sirve a muchas posibles funciones personales, que van de la higiene mental al ejercicio intelectual, pasando por el gusto de escribir o de guardar memoria de lo vivido.

En estos tiempos de tiranía informática, en que los teléfonos móviles ocupan cada vez más el tiempo de las personas y roban espacio al diálogo silencioso y discreto con ellas mismas y con el resto, reservar una parte del tiempo que dedicamos a este artilugio diabólico para llevar diario es también una sugerencia que se desprende del libro.

Tradicionalmente se decía que llevar diario suponía encontrar un asilo de paz para reencontrarse con el *yo* íntimo. El diario era un lugar seguro, un refugio contra el resto del universo, contra el vacío y el vértigo que nos amenazaban. Hoy, la amenaza es omnipresente, y tiene la forma del uso invasivo y descontrolado de internet y de las redes sociales. En este contexto actual, escribir un diario privado y sin ánimo de influir ni de pelear ni convencer a nadie permite recuperar el diálogo perdido con uno mismo, tan necesario para relacionarnos bien con el resto y con lo que nos rodea. Llevar un diario supone también liberarse de la pérdida estéril del tiempo, de la dependencia tiránica que representa la exposición continua en internet. No sugiero que tiremos el móvil, pero si destinamos solo un tercio del tiempo que le dedicamos a este a la escritura del diario, nuestra vida puede mejorar notablemente. Se trata de comprar un cuaderno y comenzar hoy a llevar diario. Dicho de otro modo, más cuaderno y menos móvil.

Reitero, por último, que el libro pone al día el estado de la cuestión del estudio de los diarios, en especial de los diarios *ordinarios* o de la gente corriente, pero también podría servir de estímulo o referente investigador para los futuros estudios que continúen lo que aquí se ha comenzado, tal vez poniendo en relación la práctica común del diario tradicional con otras como el blog y la escritura en las redes sociales.